

La Lectura



Popular



PUBLICACIÓN QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORAS

EL JURAMENTO

(CUENTO)

¿Perdonarle él?... ¡Rayos y truenos! ¡Eso sí que nó! Ya podía enviar á recoger, cuando quisiera, la legítima de su madre, algunos miles de duros que el tío Juan conservaba intactos, como un depósito sagrado, y que entregaría inmediatamente á la persona que debidamente autorizada por su hijo, se presentara á recogerlos. De derecho le pertenecían, suyos eran, ¿quién se los negaba? Allí los tenía, que enviara por ellos; pero que no viniera él mismo á recogerlos, que no se atreviera á presentarse ante su vista, porque entonces....

Ya sabía él el destino que les daría aquel canalla... Se los gastaría alegremente en huelgas y francachelas, con mujerzuelas y perdidos, en tres ó cuatro meses, y luego vuelta otra vez á la ruina, á la miseria... ¡Bueno! ¿á él qué le importaba, ni qué tenía que ver con aquel granuja? ¿Que le había dado el sér?... ¡Sí, era cierto! ¡Ojalá no lo fuera!

Se avergonzaba de él... ¡No, que no dijera que era hijo suyo! ¡Mentira! ¡El no era el padre de aquel charrán... no quería serlo!... Y á su pesar lo era... ¡Oh, esto, esto era lo que sublevaba al tío Juan y le ponía fuera de sí! Se avergonzaba de ello, protestaba irritado, se desesperaba; de pensarlo sólo se le encendía el rostro como si acabaran de descargar en él un bofetón; pero no lo podía negar..... ¡Quisiera ó no él, él le había dado el sér! ¡Lo que es esto, era cierto! Porque no lo fuera hubiera dado el tío Juan su hacienda toda que no era poca, y ¡hasta su vida! ¡Todo, todo lo hubiera dado de buena gana! Pero no había que pensar en aquello... ¡Qué locura! El podría renegar de aquel canalla, cerrarle, como le había cerrado, á piedra y lodo y para siempre las puertas de su honrada casa, execrarle, avergonzarse de él, hasta arrancarle aquella vida miserable...; pero no podía dejar de ser su padre. ¡Qué desesperación! ¡Qué rabia!

Y cuando el tío Juan pensaba esto, que lo pensaba á cada instante, sentía como una mordedura en el corazón, y un vértigo en la cabeza, y algo así como una nube muy negra que le pasaba por los ojos, y apretaba los puños con rabia, y se mordía los labios hasta

hacerle saltar la sangre, y renovaba su terrible juramento, que todo el pueblo conocía...

Porque el tío Juan había jurado, hacía mucho tiempo, levantarle á aquel perdido la tapa de los sesos de un balazo si se atrevía á presentarse ante su vista. Y como él no era hombre que una vez hecho un juramento dejase de cumplirlo, y no quería verse en el trance de tenerlo que cumplir, y aquel canalla se había dejado decir, y el tío Juan lo había sabido que el día menos pensado se presentaría en su casa á reclamar lo suyo, por eso el tío Juan hizo correr la voz y aun le mandó varios recados directos haciéndole saber su juramento.... ¿Quería lo suyo? ¡Qué enviara por ello; pero que no viniera él si no quería perder la vida; ya sabía á qué atenerse! Allí, en el cajón de la cómoda en la sala, guardaba cuidadosamente una pistola, amartillada siempre, por si acaso. ¡Que se atreviera, que se atreviera si era hombre, á ponerse delante de él!

¡Si era hombre!... ¡Qué había de serlo! ¡Aquello era una fiera! ¡Había bajado uno á uno todos los peldaños de la degradación social, había corrido sin freno por todas las veredas del pecado, había mancillado y borrado de su alma el marchamo divino, el sello de la racionalidad impreso misericordiosamente en ella por la mano del Creador... no había vicio que no tuviese, ni quedaba apenas delito que no hubiese cometido; su frente estaba marcada con el estigma infamante del presidiario; era, en fin, un ser enteramente envilecido, desgraciado, un miembro podrido del cuerpo social, y los miembros podridos deben amputarse para que no comuniquen su podredumbre al resto del cuerpo! ¡Que se atreviera, que se atreviera si era hombre, á presentarse ante su vista!

Llegó el 24 de Junio, el día de su santo, y apenas Dios echó sus luces, allá se presentaron en la casa del tío Juan, para felicitarle y pasar el día con él, como todos los años, sus hijos, sus nueras, sus nietos y algunos otros parientes y allegados ¡medio pueblo! todos vestidos de fiesta, aderezados y carilimpio. (algunos nada más que carí) y dispuestos á comer, beber, bailotear y divertirse hasta rabiar. Como el tío Juan estaba bien «de intereses» y no tenía nada de tacaño, el día de su santo se celebraba siempre por todo lo alto: por docenas se podían contar los pollos,

perdices, gallinas y pavos que se sacrificaban aquel día. Así es que, aunque los convidados eran siempre muchos; no se había dado ningún año el caso de que faltara de nada antes de acabarse el día; al contrario, siempre sobraba de todo, y las nueras y las hijas casadas del tío Juan, que eran dos, recogían luego y se llevaban á sus casas hasta los pollos y gallinas enteros.

Al amanecer comenzó á escucharse en la cocina el alegre repiqueteo de los almoreces, el chirrar de las sartenes y el furioso barbotar de las ollas, peroles y cacerolas, y aún no serían las siete de la mañana cuando ya se escapaba de la cocina, sin que nadie pudiera sujetarlo, y se difundía por toda la casa, un olorcillo sumamente agradable que despertaba atrocemente el apetito.

A las doce en punto se dirigió todo el mundo á la sala en donde se había colocado la mesa, por ser la pieza más espaciosa de la casa.

—¿Estamos todos?—dijo el tío Juan disponiéndose á bendecir la mesa y pasando su vista por la concurrencia, apenas la gente acabó de colocarse, cada cual en su sitio.

—Falta Jenaro, que ha ido á avisar que traigan más vino, por si falta—contestó uno de los presentes.

—¡Ea, pues que lo llamen en seguida!—replicó el tío Juan—¡No se empieza la comida hasta que venga!

Jenaro era el hijo mayor del tío Juan y el que mas servicial y solícito se mostraba con aquél, aunque con miras no del todo desinteresadas según decían las malas lenguas, que aseguraban que Jenaro no buscaba otra cosa, con todos sus cuidados y atenciones hacia su padre, sino que éste le mejorara en su testamento, y hasta se afirmaba que, también con miras interesadas, Jenaro procuraba fomentar y avivar cada vez más y más en el corazón del tío Juan el odio que este profesaba á Pedro, el hijo ausente, el menor de todos ellos, y el más querido, un tiempo, por el tío Juan...

Levantóse uno de los circunstantes para llamar á Jenaro, y chocó en la puerta de la sala con éste, que entraba precipitadamente, pálido, convulso....

—¡Padre!—dijo temblando y con entre cortado acento.—¡Ahi está... ese! ¡No pueden contenerle los criados... y se empeña en entrar!

LA CONFESION

¿Quien ha inventado ó establecido la confesion?

¿para qué sirve confesarse?

—=—

1. ¿Quién ha inventado la confesion?
—Constatemos primero el hecho. En todas partes del mundo hay quien frecuente la confesion; no hay iglesia ninguna que no tenga, por lo menos, un confesonario, visitado con más ó menos frecuencia de penitentes, que dejan á los pies del sacerdote la carga de sus pecados. Ahora bien ¿de dónde viene esta costumbre? ¿quién la ha introducido y establecido por ley? ¿quién? El mismo Jesucristo, Dios y legislador soberano. El ha dicho á sus discípulos: «Á quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados.» (S. Juan, xx, 23), y todos los santos Padres de la Iglesia han deducido de estas palabras la necesidad de la confesion; porque sin ella el poder otorgado por Jesucristo sería completamente vano é ilusorio.

Pero el hecho mismo es una prueba de la institucion divina; porque si Jesucristo no ha instituido la confesion, ¿quién fué su autor? ¿cuándo se ha dado esa ley? ¿como se ha introducido su uso y práctica? ¿fué de golpe ó poco á poco?—Este es el gran argumento de prescripcion: ¿quién, cuándo, dónde comenzó? Un hombre de buena fé no puede menos de ver la verdad; y no conozco nada más absurdo que el dicho de algunos impíos, según los cuales la confesion ha sido inventada por los curas... ¡Y tiene gracia esa invencion! Nadie había podido imaginar un medio más sencillo para el pecador de obtener fácilmente el perdón; ni los sacerdotes se habrían podido imponer carga más onerosa; porque es en verdad más pesado de lo que muchos creen estar confesando tres, cuatro, diez horas seguidas, y algunas veces aún más.

2. ¿De qué sirve confesarse? Un libro sería menester para contestar á esta pregunta, un libro entero, en cuya primera parte expondría las ventajas de la confesion para la sociedad en general, y después, en la segunda, para cada uno en particular.

No puedo menos, á este propósito, de referir un hecho personal. Habíame encargado cierto penitente el restituir á una de las mejores tiendas de París una suma considerable. Me presenté, y he de confesar que fuí recibido de una manera poco agradable. Sin embargo, como insistí en

—¡Ese! Pero... ¿quién es ese?—contestó el tío Juan, temblando también, sin saber por qué.

—¡Pues mi... mi hermano!... ¡Pedro!

—¡El!... ¡Aqui! ¡En mi casa!...—rugió el tío Juan, mientras los circunstantes se ponía de pie y quedaban luego inmóviles de espanto.

Entonces le pareció al tío Juan que hacia un instante habia oido detenerse un carruaje á la puerta de su casa. ¡Si... él era! ¡Le habian visto en la ciudad, en carruaje, y vestido como un duque! ¡Ah! ¡El insolente! ¡Con el pretexto de recoger su dinero, venia á insultar con su irritante boato aquella modesta casa y á desafiarnos con su presencia!

—¡Qué no entre aqui! ¡Que se vaya!—gritó el tío Juan, sintiendo que toda su sangre se le agolpaba al rostro, y abalanzándose, trastornado de furor, hacia la cómoda.

Al llegar á ella se detuvo. ¡No, no era de su hijo el carruaje cuyo ruido habia escuchado! En la puerta de la sala estaba Pedro, cubierto de andrajos que á trechos dejaban ver sus carnes, macilento, demacrado, con el sello del hambre en el rostro...

Una oleada inefable de misericordia brotó de las entrañas del tío Juan al ver á su hijo en aquel estado, haciéndole conmoverse de pies á cabeza; pero bien pronto se repuso al recuerdo de las maldades de aquel infame.

—¡Vete!—gritó sintiendo que su furor renacia con más brío que nunca.—¡Vete!—¿No sabes lo que he jurado?

Pedro permaneció inmóvil en su sitio. El tío Juan abrió, fuera de sí, el cajón de la cómoda...

—¡Atrás!—gritó con imponente acento, viendo que algunos trataban de acercarse á él. Y luego, vuelto el rostro hacia su hijo, prosiguió:—¡Por última vez!... ¡Vete! ¡Yo te enviaré tu dinero.. antes de media hora! ¿No es eso lo que buscas aqui? ¿Que nó?...—exclamó con extrañeza al ver que Pedro movía negativamente la cabeza y avanzando lentamente hacia él:—Pues entonces... ¿qué es lo que buscas aqui?

Siguióse un instante de terrible ansiedad. El mozo inclinó la cabeza, cerró los ojos, cruzó las manos y se arrodilló.

—¡Perdón!...—balbuceó luego con suprema angustia.

—¡Perdón!—repitió maquinalmente el tío Juan retrocediendo lentamente.—¡Perdón!—¿Ha dicho perdón?...—agregó con extraño acento, pasando la mirada por la concurrencia.

—¡Si! ¡Estoy arrepentido! ¡No quiero dinero ni me atrevo á pedir amor... Solo pido eso... ¡perdón! ¡perdón!...

El tío Juan le miró fijamente, como fascinado avanzando despacio llegó á él le puso la mano en la frente, obligándole á levantar el rostro le contempló un instante con ansiedad inmensa.

—¿Dices... dices que estás arrepentido?

—¡Si!—tartamudeó el misero, mientras dos lágrimas frías se desprendían de sus

cerrados parpados y resbalaban lentamente por sus mejillas.

—Pues entonces... entonces á mis brazos hijo de mi alma, á mis brazos—gritó con todas sus fuerzas el tío Juan alzando al mozo del suelo estrechándole contra su corazón y cubriéndole de besos y lágrimas.

—¿Me quieres... me quieres mucho, Pedro?—murmuró con voz queda juntando su rostro al de su hijo y acariciándole.

—¡Con toda mi alma, padre mío!

—¿Y has pasado frío, hijo de mi alma?—murmuró tocando el brazo; que en parte descubrian los harapos, y besando piadosamente aquellas carnes tan amadas.

—¡Mucho, mucho frío, padre!

—¿Y tambien hambre, verdad, hijo de mi alma?

—¡Tambien, padre tambien!

—¡Pues á la mesa, á mi lado, hijo mío; conmigo, siempre conmigo!...¿No sabes que yo deseaba que vinieras?...¿No sabes que yo?...¿Que es eso? exclamó interrumpiéndose de pronto y desafiando con la mirada á la concurrencia, entre la que se habia dejado escuchar un leve murmullo de desagrado.

¡La herencia! ¡Miserables! pensó el tío Juan agregando luego en voz alta y formidable:

—¿Qué? ¿Que le perdono?... Pues ¡no habéis oido que vuelve arrepentido... ¿Y no sabéis que Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva? ¿Qué queréis? ¿Que cumpla mi juramento?... ¿Pues no sabéis miserables lo que Dios manda al que ha jurado hacer algo mal hecho? ¡Dolerse de haberlo jurado... y no cumplirlo!

Martin Scheboff.

PENSAMIENTO

Si los hombres pensásemos cuan grande es el amor que Dios nos tiene, no nos atreveríamos á incurrir en la horrible ingratitude de dudar de su misericordia.

Si nuestros padres naturales tanto nos aman ¿cómo no ha de amarnos infinitamente más, el Padre Celestial, padre por excelencia?

Padre amorosísimo, tu aborreces el pecado, pero no aborreces al pecador; tú estas aguardando á cada instante al hijo extraviado. Te basta una palabra, una lágrima de arrepentimiento para abrazarle estrechamente contra tu pecho, besarle, perdonarle, acariciarle y hacerle feliz.

¿Quién ciega los ojos de la humanidad hasta el punto de ocultarles verdad tan consoladora?

Todas las pasiones contribuyen á cegarlos pero hay una sobre todas ellas que deja al hombre completamente á oscuras. La soberbia.

Esa pasión de demonios es la que levanta la barrera más alta de todas; la que no puede saltar al amor.

A. C.

querer hablar con el dueño, al fin me introdujeron á su presencia. Expliquéle el objeto de mi vista, que no era otro sino entregarle una cantidad de dinero que le pertenecía; que no me preguntase por la persona que lo enviaba, más que tuviese la bondad de firmar un recibo que le traía. Y acto continuo le presenté cinco billetes de mil francos cada uno, que se apresuró á tomar, elogiando de paso los admirables efectos de la confesión. Me despedí del dueño, quien, con admiración de los dependientes, llevó su cortesía hasta el punto de acompañarme al salir, cuando apenas acababa de levantarse de la cama. — Al cabo de quince días volví otra vez; se me recibió más cortésmente. Entonces le entregué tres mil francos, que, con los anteriores, hacían ya ocho mil. No pudo contenerse el buen señor, y me dijo: Es, en verdad, una institución divina la confesión.—Verdad es, le contesté, y si todos se confesasen es probable que de cuando en cuando tuviérais visitas parecidas.—Mayor fué su entusiasmo la tercera vez que me presenté en su casa, aunque sólo le restituí mil quinientos francos. Se empeñó en que había de recibir yo algo para los pobres; y lo que vale más que todo, él mismo vino un día á probar los dulces frutos de este sacramento, y se confesó de todo corazón... Sólo la confesión le faltaba á tan digno caballero.

Vease, pues, por aquí cómo sirve la confesión para prevenir ó, por lo menos, reparar todos los crímenes y desórdenes que afligen á las ciudades y familias. El pueblo ó ciudad donde todos se confesasen sería un pequeño paraíso sobre la tierra; y es evidente que en las familias todos ganarían; el padre, la madre, los hijos y los criados.—Si quieres una prueba interesante y curiosa sobre este punto, haz una visita á las cárceles y presidios; pregunta quiénes y cuándo se confesaban los que han venido á parar allí. Ó si quieres, visita á esos mismos presos antes y después de una misión apostólica en que se hayan confesado bien, y verás la diferencia

Y para cada individuo en particular, ¿qué ventajas trae la confesión?—Inmensas. La confesión es uno de los mayores beneficios de Dios. En aquel sagrado tribunal hallamos siempre un amigo verdadero, desinteresado, generoso y fiel; y sobre todo por medio de la manifestación de nuestra culpas y el perdón que de ellas se nos da, se desahoga nuestro corazón oprimido por la vergüenza y los remordimientos, recobramos la paz y gracia perdidas, volvemos á la amistad de Dios, ad-

quirimos de nuevo derechos á la gloria, reviven los antiguos méritos y nos habilitamos para obtener otros y practicar obras gratas á los divinos ojos y merecedoras de vida eterna.

¡Ah! si de esto dudases, querido lector, si no estuvieses convencido, sólo te diría una palabra: *pruébalo*. Si; haz experiencia y si no hallares más aún de lo dicho, llámame á boca llena impostor y mentecato.

3. Pero me dirás que es difícil confesarse bien.—Te equivocas. La misma constitución del tribunal te está diciendo que es fácil. Tú mismo eres el único acusado, ó mejor dicho, el reo. Y eres tú el que voluntariamente se presenta. Aquí no hay ningún testigo, que te infame ó deponga contra ti. Todo se hace á puerta cerrada. El juez es un hombre, ¿qué digo? es un padre..., que tiene entrañas compasivas y sabe hacerse cargo de las miserias ajenas. Además, puedes tú mismo escoger el Juez que te inspire más confianza. Y en todo caso, sea quien fuere el confesor, está rigurosamente obligado á guardar completo sigilo de cuantas faltas allí confieses. ¿Y la sentencia? ¡Ah! no hay más que una sentencia: sentencia de perdón de rehabilitación en el antiguo estado de hijo de Dios, de paz y alegría de corazón. He aquí lo que Dios ha hecho.

4. Mas á este pobre pecador ¿no se le exige algo?—Si; se le exige que declare sus pecados y se arrepienta de ellos; se le exige que descubra las heridas del alma y las llagas de la conciencia al médico que las ha de sanar; se le exige una lágrima de dolor ó un sincero pesar de haber ofendido á Dios. ¿Y qué cosa más fácil y justa? Hay, pues, que examinar la conciencia, repasar los años transcurridos desde la última confesión bien hecha; y repararla con la atención y consideración que empleamos ordinariamente en negocios de importancia. Aquí, como siempre que tratamos con Dios, se necesita *sinceridad* y *buena fe*.—Si tuvieses empacho ó vergüenza mal entendida, comienza la confesión por el pecado más gordo: todo lo demás se te hará muy fácil. Si no te atraves á decirlo al confesor, ruegale que te pregunte y te lo saque; que á tí te da vergüenza declararlo. Y no te retires del confesonario hasta haberlo dicho. ¡Qué peso te habrás quitado de encima! ¡Qué paz alcanzarás!

Voy á terminar, lector querido; pero antes me has de permitir que te pregunte: ¿Cuánto tiempo ha que no te has confesado? Si no hace mucho, está bien: si tienes la costumbre de confesarte con frecuencia,

mejor: no dejes esta buena costumbre.

—Pero si hace ya mucho tiempo, algunos meses, quizá más de un año... ¡ah! no lo difieras más: aprovecha la primera ocasión... la primera fiesta de la Virgen que se presente... el próximo domingo... No aguardes á caer enfermo: á cuantos ha salteado la muerte de improvisol ¡cuantos están en el infierno que habian hecho el propósito de confesarse en su última enfermedad!...

Lecturas Populares.

SUETOS Y VARIEDADES

La odisea de una niña

Padres despiadados.—Venta de una hija.—Explotación inhumana.—I.a fuga.

Anoche, á la llegada del tren mixto de Andalucía, descendía de uno de los departamentos de tercera clase una joven, mejor aún, una niña, acompañada de una pareja de la Guardia civil.

Los guardias inutilmente buscaron alguna persona que á su conducida esperara; pero viendo que nadie en la estación conocía á la niña, decidieron entregarla á la autoridad gubernativa.

En la calle Mayor tuvimos ocasión de ver pasar á tan extraño grupo, y que vivamente intrigó nuestra curiosidad.

En el trayecto hasta el Gobierno civil acudieron á nuestra imaginación contradictorias ideas.

¿Qué podría motivar la presencia de aquella hermosa niña en medio de dos guardias?

La infeliz conducida marchaba lentamente y sin atreverse á levantar la vista ante los atractivos de la capital que desde pequeña abandonara.

Ya en el Gobierno, quedó, por fin, nuestra curiosidad saciada, por el relato de una verdadera odisea, oída de labios de aquella pequeña mártir.

Sagrario Padín López, que así la joven se llama, de catorce años, recuerda que en algún tiempo tuvo unos padres, cuyos nombres, Hilario y Emilia, no se han borrado de su memoria, después de siete años de ausencia.

Los referidos padres ingresaron á Sagrario, á la edad de cinco años, en el Asilo de Santa Cristina, donde no tuvo de ellos noticia alguna, hasta que, cumplidos los siete, fué un día sacada por los mismos del colegio-asilo, siendo á los pocos momentos entregada á un tal Vicente Lario del Palacio, mediante la entrega de cierta cantidad, que la niña no puede precisar.

Desde este momento empieza el verdadero martirio de la pobre niña.

La persona que de ella se hiciera cargo era el propietario; si, el propietario-director de una compañía teatral, formada por criaturas reclutadas en la forma que dejamos descrita, y cuyo heterogéneo repertorio explotaba en el extranjero.

Sagrario recorrió as principales poblaciones de Francia é Italia en el transcurso de seis años, que duró su amargo cautiverio, representando cuantas creaciones se hallaban en consonancia con sus facultades artísticas, pues, como dejamos dicho, la infan-til compañía tenía carácter heterogéneo.

¡Cuántas vejaciones, cuantos castigos le proporcionaban su desacierto.

Roma, París, Marsella, Argel y Orán, finalmente, fueron testigos de su penosa existencia.

El inhumano Lario llegó un día á tener en poco el pudor de su víctima, y entonces el instinto de la mujer se sobrepuso al terror que su verdugo le inspiraba.

Se hallaba la compañía en Nemours (Argelia) y se disponía á embarcar con rumbo á Melilla.

Sagrario comprendió que el momento de su emancipación había llegado.

Abandonó durante la noche el hospedaje, sin más ropa que la que cubría su cuerpo, y marchó á través de los campos durante la noche expuesta á los terribles peligros del suelo argelino, ganando el inmediato pueblo de Tlemecen, adonde llegó completamente extenuada, siendo recogida á las puertas de la ciudad á cuya entrada le traicionaron sus débiles fuerzas.

Entregada á las autoridades, gestionaron por espacio de dos meses su repatriación por la vida consular.

Llegó, por fin, nuestra heroína á Almería cuyo gobernador la depositó en el convento de las Siervas de María, en el que ha permanecido otros ocho meses, en tanto que la referida autoridad indagaba el paradero de los despiadados padres.

Las gestiones del gobernador dieron por resultado el hallazgo de un pariente de la niña, quien le prometió encargarse de la misma.

Fiada en ello, y mediante el concurso de la Guardia civil, llegaba anoche á Madrid Sagrario Padín, sin que en los andenes nadie la esperara.

NOTA Y COMENTARIO

Nos llama la atención que la prensa rotativa, aquella que en defensa de la Señorita Ubao tanto disparató á favor de la potestad paterna, no tenga una palabra de indignación cuando esa potestad se convierte en verdugo de los hijos.

ASAMBLEA NACIONAL

DE LA BUENA PRENSA

Por razón del proyectado viaje del Rey á Sevilla la Junta Organizadora de la asamblea ha aplazado su celebración para los días 27 al 30 de Mayo próximo.

Se proroga la admisión de socios y de memorias hasta 1.º de Mayo.

MANOS VIVAS Y UÑAS LARGAS

El caso Nasi ha sido y es el gran asunto del día; todos hablan de él, y los periodicos, los de Roma especialmente, le dedican páginas enteras.

Nasi es un ex-ministro de Instrucción pública que formó parte del ministerio Zanardelli y del actual Ministerio Giolitti hasta hace algunos meses. Durante el tiempo que fué ministro hizo cometer tales y tantas irregularidades, que el público llegó á tener conocimiento de ellas y promovió un gran escándalo.

Nasi es un diputado siciliano de ingenio despierto y rápido, uno de los mejores oradores de la Camara de los diputados, que jóven, todavía, llegó al alto cargo de ministro, más tal vez por intrigas que por sus dotes personales. Es uno de los altos funcionarios de la masonería, de la cual estuvo á punto de ser nombrado grande Oriente.

¿Pero qué clase de persona es esta? Imagináos que compró algunas lamparas para su casa por valor de cerca de docientas liras, y las puso en cuenta al ministerio como objetos artisticos para adornar el despacho; adquirió cerca de cuatrocientas escritanias, que no se sabe adonde han ido á parar, siempre con dinero del Estado; se amuebló casi por completo su casa y la de su secretario particular por algunos millares de liras, proveyéndose por fin de platos y alfombras.

No contento con esto, sustrajo y llevó á su habitación objetos que antes existían en los locales del ministerio, como relojes, cuadros, estatuas, libros, etc. Esplendido en sus viajes; repartía ó fingía repartir algunos millares de liras de Roma á Milán ó de Roma á Venecia.

Pero la mayor devastación fué hecha en el fondo para subsidios y gratificaciones, que reunia más de 200, 000 liras, de cuya suma, al dejar de ser ministro Nasi, se en contraron en caja tres liras y diez céntimos. Basta, basta.

SE EMPEZO EL MELON

En el teatro Barbieri se celebró anteanoche el primero de los mitins que los anarquistas piensan organizar en todas las provincias de España.

Presidió el acto la escritora Soledad Gustavo, y actuaron de secretarios los compañeros Torres, Llambi, Lara y Durán.

La presidenta hizo constar en breves palabras que aquella reunión era el primer trabajo de la grandiosa obra que trataban de emprender, y que muy pronto había de causar su efecto en todas las regiones de la Península.

A continuación uno de los secretarios dió lectura a la convocatoria publicada, concediéndose inmediatamente la palabra al compañero Saavedra.

Este comenzó dirigiendo un saludo á todos los reunidos en nombre de los trabajadores andaluces.

Sostuvo la teoría de que los obreros deben apartarse á toda costa de cuanto pueda tener relación con la política, tratándo de emanciparse por sí mismos, sin el auxilio de diputados y concejales, y acudir á la revolución cuando las cosas se hallen preparadas convenientemente.

Es decir prepararse primero y embestir despues.

En nombre de las regiones de Levante habló el compañero Rodríguez Romero, que atacó durísimamente á la Religión y al militarismo, á los cuales consideró como los dos males mayores que afligen á la Patria.

¿Que le habrán hecho al compañero Rodríguez la Religión y la milicia?

Después hicieron uso de la palabra los compañeros Ojeda, Pérez y Sánchez Rozas, que combatieron con gran brio á la actual organización social basada en la propiedad, excitando á sus compañeros para que sigan trabajando con igual fé, único medio de que muy pronto puedan ver realizados sus ideales.

Que sin duda deben ser que trabajen unos para que coman otros; ó que el barbaro más gande se trague al más pequeño.

A lo cual llegaremos pronto si Dios no lo remedia.

BIBLIOGRAFIA

Cuestiones de actualidad

FÉ Y RAZÓN, introducción al Símbolo apostólico por D. Santiago

Ojea Marquez, Presbítero. Con licencias eclesiásticas.

Nada hay ni puede haber en las actuales circunstancias de más interés que las enseñanzas desenvueltas en este primer tratado, que propiamente puede llamarse **El libro del pueblo**, pues no solo es una amplia y bellísima introducción al símbolo de la fé, sino una apología sencilla y completa de la Religión católica, declarando y dilucidando muy al pormenor todos los errores modernos, religiosos, político-sociales, que hoy con turban las naciones; por cuya razón el autor le titula tambien: *Cuestiones de actualidad*.

En la primera parte, llamada *Imperio de la fé*, expone el docto autor las enseñanzas referentes á la Religión, a la Revelación y á la Iglesia; ya separadamente, ya en sus diversas relaciones con la potestad civil.

En la parte segunda, denominada *Imperio de la razón*, declara extensamente los errores modernos comprendidos en el *Syllabus*, su origen, causas y remedios.

Y en la tercera establece la *Armonía entre la razón y la fé*, los auxilios mutuos que se prestan, los beneficios inmensos que de ello resultan á las sociedades y á los pueblos, y la solución á los problemas sociales que hoy tanto dan que pensar á los hombres.

Recomendamos con todo encarecimiento este nuevo trabajo del infatigable autor del *Catecismo Magno predicable*, del cual viene á constituir los dos primeros tratados.

Precio 8 pesetas rustica y 10 encuadernado en tela.—Librería de D. Gregorio del Amo, Paz, 6. Madrid.

LECTURAS POPULARES

Cuentos artículos y diálogos de D. Auolio Clavarana director de LA LECTURA POPULAR. Nueva edición de los cinco primeros tomos.

Precio 1 peseta cada uno franco de porte.

Tomando doce ejemplares se regalará uno.

No se responde de los paquetes no certificados ni se serviran los pedidos que no vengan precisamente acompañados de su importe y del valor del certificado si se desea esta garantía.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicacion tiene por objeto difundir gran entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentandola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho a recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fabricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una accion . . .	4 pesetas mensuales
Media id.	2 » »
Un cuarto id. . . .	1 » »
Un octavo id. . . .	0'50 » »

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripción en Madrid en la administracion de *La Semana Católica*, Paz 6, principal, y en las demas librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR